

Allí es donde una bella alsaciana, disfrazada de odalisca, vende á los fumadores cigarros turcos y tabaco de La-takick.

Allí es, por último, donde se beben las mejores cervezas de Baviera, de Viena y de Lovaina.

Vimos un restaurant italiano y un resplandeciente café turco.

En el ángulo de la calle de Africa, los espectadores pueden refrescar por medio de un nuevo sistema, en que por un mecanismo de vapor van y vienen las bebidas desde el mostrador á las mesas de los parroquianos.

Entramos en el *restaurant Catelein*, restaurant francés, colocado por decirlo así allí en país extranjero en medio de los rusos y de los ingleses y españoles, como para ayudar á sus compatriotas que ni les guste el *cabiar* ni el cocido con sus garbanzos, y para ofrecer á los extranjeros una verdadera y confortable cocina francesa, comiéndose muy bien y al precio ordinario de los restaurantes á la carta en París.

La parte del paseo se termina volviendo á subir hácia la puerta del puente de Jena por una serie de bufets ingleses de particularísima elegancia, en los que los espejos, las flores y las botellas con líquidos de color, presentan un golpe de vista que alegra y regocija el alma y en los que las damas del mostrador son muy celebradas por su estremada afabilidad, por lo bello de sus facciones, que caracterizan á las jóvenes y rubias inglesas.

Salimos al Parque para visitar alguno de los edificios que se ostentan en él.

Decididamente hemos mostrado grande afición á los monumentos de Africa, y así es que nos dirigimos á la mezquita turca y al palacio del bey de Tunez, cuya vista con la del plano general en que se hallan situados estos edificios damos á nuestros lectores.

La mezquita está dominada de un minarete que corresponde á la torre ó campanario de nuestras iglesias.

No son campanas las que desde lo alto de estas torres llaman á la oración á los creyentes. Son los *muezzines*, cuyo melancólico canto hace un efecto admirable.

Si la mezquita de la Exposición, hubiera sido una mezquita de veras y no de chanza, consagrada al culto de Alláh, no nos hubieran admitido ni dejado entrar en ella sin habernos quitado el calzado á la puerta.

Dicho sea con perdón de nuestras amables lectoras, no estoy seguro de que las hubiesen permitido conservar sus medias y á mi mis calcetines.

En cambio nos hubieran prohibido espresamente entrar con la cabeza descubierta.

¡Véanse lo que son los usos y costumbres de los diferentes pueblos y religiones!.....

Felizmente esta mezquita como la capilla, como el templo egipcio y mejicano que antes han visitado con nosotros nuestros lectores, no son mas que grandes juguetes, un simulacro de iglesia, de templo y de mezquita.

Así, pues, tenemos el derecho de quitarnos los sombreros y nuestras lectoras de conservar sus botitas en sus lindos y pequeños piés.

La decoración interior del edificio es de las mas sencillas. No hay altar: no hay sillas. Los musulmanes se posttran sobre el suelo para orar con la cabeza vuelta hácia el sol saliente. Cuando se levantan, es para releer las sentencias del Koram grabadas en relieve sobre las paredes y enlazadas con un talento que prueba que los escultores, calígrafos de Oriente, nada tienen que envidiar á nuestros mas sabios maestros de escribir.

En el fondo de la sala, hay una especie de nicho ú hornacina en donde el *ulema* ó sacerdote se mantiene de pié durante la oración.

Cerca de allí, hay una especie de púlpito copiado, segun nos dijeron, exactamente, de aquel en que el Profeta subió por la última vez la vispera de su muerte, para dirigir á los fieles reunidos en torno suyo, sus últimas palabras, conjurando á que los que fuesen sus acreedores le reclamasen sus débitos.

Todos guardaban un repetuoso silencio cuando un viejo conductor de camellos, levantó la voz:

—Cuando tú estabas perseguido, dijo, yo te he librado del odio de tus enemigos, llevándote en mi dromedario, y además te he prestado tres dracmas que nunca me has devuelto.

—Fátima, replicó el profeta, dirigiéndose á su hija, entrega á este hombre tres dracmas y todavía otras tres dracmas mas, á fin de que el ángel Gabriel, cuando venga á recoger mi alma, no encuentre entre él y yo una deuda, porque el día de mañana, ya no debe verme vivo.

No nos parece mal el cuidado del Koram en recordar el pago de las deudas! Algunos amigos nuestros, menos escrupulosos que Mahoma, se han ido de este mundo llevándonos algunos reales.

Sin mas que detenernos un momento en el *café tunecino*, en donde tuvimos el placer de sentarnos á guisa de sastres en un sofá y paladear en una pequeña tacita de porcelana la infusión del moka, preparado segun la moda del país, es decir, un líquido cocido finamente pulverizado y de un delicioso aroma.

Subimos entre dos filas de leones de *carton-piedra*, la grande escalera del palacio tunecino construido sobre el modelo del célebre *Bardo*, copia, segun nos dijeron, del que tiene el bey de Tunez, y cuyo exterior pueden ver nuestros lectores.

Habíamos visitado ya todo el Parque; pero á pesar de su inmensa extensión, allí no han podido contenerse todas las cosas enviadas de las diversas regiones del globo.

Así, es, que se han relegado á la *isla de Billancourt*, situada cinco kilómetros del Campo de Marte, el sobrante de máquinas agrícolas, y la esposición sucesiva de animales, bueyes, vacas de leche, carneros, caballos, burros, mulas, perros, etc.; cuyo concurso se varia de quince en quince días.

En *Billancourt* se ha verificado igualmente la Exposición de instrumentos agrícolas. La quinta imperial de *Vincennes* y la quinta imperial de *Saint Cloud* se han puesto á la disposición de la comisión de la Exposición para el concurso de los arados de vapor, segadoras, rastrillos y demás.

El arado es evidentemente el principal instrumento agrícola, y por consiguiente ha sido del que se han presentado mas modelos en el *Campo de Marte* y en *Billancourt*.

El premio del concurso de los arados, lo ha ganado el *abate Didelot*, cura de Marne, en el departamento de Meula, á quien se veía labrar en persona y en sotana delante del jurado.

Es de reparar, y nos hicieron observarlo, que cuatro curas de aldea son los que han tomado parte de una manera mas notable en la esposición agrícola.

El arado, las colmenas, las vides y una máquina para moler remolacha son los cuatro objetos que han recibido el gran premio y que han sido presentados por estos cuatro curas que se interesan tanto en el bien material de sus

parroquianos como en su bienestar moral y religioso.

En *Billancourt* hay también cafés y restaurantes de construcción rústica y á precios muy arreglados.

La Exposición pública de París, que ha atraído á aquella capital del mundo civilizado á casi todos los monarcas

de Europa, y al gran Sultan de Constantinopla, y al virey de Egipto, y al bey de Tunez, soberanos sedentarios que jamás salen de sus pueblos, y á millones de habitantes de todos los puntos del mundo, quedó terminantemente cerrada el día 4 de noviembre.



Mezquita turca y palacio del bey de Tunez.—Plano general.

Aquel mundo artificial en donde apiñadas se veían todas las mercancías, todas las producciones y todas las artes del globo ha desaparecido.

De él no quedará mas que un recuerdo. El Campo de

Marte volverá á presentar su inmensa desnuda llanura en donde los ejércitos franceses se adiestrarán en las maniobras de la guerra.

Se ha tratado de conservar el colosal palacio de la Es-

posicion y los variados y curiosos edificios que encerraba el Parque, pero se ha visto que seria inmenso el gasto de la conservacion de aquellos frágiles monumentos.

Los materiales de su derribo, dan de provecho mas de doce millones de reales, y ya cumplido el objeto con que fueron levantados, ha creído el emperador Napoleon, que debía emplearse tan enorme cantidad en objetos de utilidad permanente.

La Esposicion pública de París, no dejará tras sí como la de Inglaterra, un monumento permanente y glorioso como el *Palacio de Cristal*, que aun se admira en Londres, y que despues de haber servido á la primera esposicion de las artes y de la industria, es un coloso que asombra al extranjero y llena de orgullo á los habitantes de las orillas del Támesis.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS.

EL PAGANISMO Y EL CRISTIANISMO.

I.

Desde el momento en que la humanidad aparece en los horizontes nebulosos de los tiempos primitivos, ensayando sus fuerzas para constituirse bajo la forma de sociedades civiles, hasta los presentes tiempos en que ha aparecido en el mundo amaestrada por tantas vicisitudes y miserias, en medio de los grandes adelantos que ha ido realizando en muchos ramos del saber, en la estension de su dominio sobre la naturaleza, en las instituciones civiles y políticas, descuellan los grandes errores que ha padecido en la investigacion de las verdades mas sublimes é interesantes, y la historia describe aun las profundas simas en donde se ha precipitado, cuando montada en alas de su soberbia ha creído que la razon sola y sin necesidad de una base sólida en que apoyarse, era palanca bastante poderosa para remover los obstáculos que encubrian las causas invisibles del universo, el origen y naturaleza del alma humana, los destinos que la estaban reservados, las leyes morales que rigen sus relaciones con sus semejantes y con la primera causa. Las páginas inmortales de la historia repiten con alta elocuencia, que la razon humana naufraga en los agitados mares de la duda, cual frágil barquilla falta de timon y de piloto, en medio del piélago turbulento, cuando sin admitir una verdad anterior y superior á toda demostracion, pretende elevarse al conocimiento de las verdades fundamentales.

Ya en las llanuras de Sennáar, cuando el fiero hijo de Cus reunió por la fuerza de la espada las tribus nómadas que vagaban errantes por aquellas soledades, bróta abundante mies de errores, engendrados por la perversidad é ignorancia del hombre, fertilizados por aquellas auras voluptuosas y engrandeciéndose al calor de los luceros que brillan destlumbreadores sobre aquella bóveda azulada. A pesar de hallarse tan cercanos á los tiempos de la revelacion primitiva, tanto se habia oscurecido entre ellos la nocion de la Divinidad, que cayeron en el mas grosero sa-

SEGUNDA SERIE.—1867.

beismo y deificaron el sol, los planetas, las estrellas, los elementos, los rios, y el mismo Nembrod obtuvo esos honores de los hijos de aquellos á quienes habia impuesto el yugo de su tiranía. El tejido de absurdos que forma su teogonia se enlaza con una cosmogonia novelesca y ridicula en que son coeternos el caos, la naturaleza y Dios, quien emanándose, forma con su sangre las almas del hombre y demás seres sensibles. Como segun ellos todos los fenómenos del universo están relacionados con el destino del hombre, y se producen á su presencia, engendraron la quimérica astrologia, con cuya falsa ciencia intentaron sondear los tenebrosos abismos del porvenir y hallar las reglas de su incierta conducta. Los delirios de una imaginacion infantil poblaron el mundo de genios, unos favorables y adversos otros, que representaban bajo formas materiales y monstruosas, y recurrieron á la evocacion y á los encantos para atraerse el concurso de los buenos y aplacar el rencor de los malos: con lo cual tomó origen y cobró forma la falsa arte de la mágia, cuyas supersticiones en union con la de la astrologia, habian de atravesar el dilatado horizonte de los tiempos, avasallando á todas las generaciones, para trasmitir á las presentes una balumba de errores y quimeras, que todavia oscurecen la mente y perturban el corazon de la muchedumbre ignorante, á pesar de los raudales de vívida luz que ha derramado sobre el mundo una segunda revelacion, y de los adelantos que se han hecho en todas las ciencias.

No es sorprendente que con la falsa direccion que imprimirian tamaños errores, el hombre se sintiese impelido á aplacar la divinidad ultrajada por medio de sacrificios cruentos, en los cuales inmolaba á sus propios semejantes; que la moral se hubiese profundamente pervertido, hasta el punto de vender y sacrificar el pudor en aras de Militta, y sacrificar ese acto de oprobio á la sombra del templo de la diosa; que la fuerza y la destreza se convirtiesen en ley para arreglar las relaciones sociales, arrebatando de este modo á los débiles y sencillos los derechos venerandos de la humanidad, sancionando privilegios injustos que desde entonces han sido causa profundísima de malestar, y continuarán siéndolo hasta que el triunfo de la justicia los barra completamente de la faz del mundo.

II.

Interróguese á la India, ese pueblo que blasona de una antigüedad fabulosa y que ha ocultado con tanto esmero los archivos de sus creencias y esperanzas, y acaso se hallará en los Vedas, la sabiduría inspirada de los patriarcas casi pura de idolatria; pero ¡cuántos errores acumulados sobre algunas verdades conservadas por la tradicion! Reconocen un Dios eterno, omnipotente, criador; pero un Dios de quien el mundo es imágen, que solo él existe realmente, que en sí lo comprende todo; un Dios que es el alma del mundo y de todo ser en particular; que el universo es él; emana de él y volverá á él; un Dios que en su obra laboriosa de creacion ha pasado por una série de encarnaciones y producido la *trimurti*, trinidad varon,—que contiene con las otras personas el dios destructor, carácter que repugna á la naturaleza divina,—á la cual ha dado otra trinidad hembra; un Dios que para gobernar el universo ha creado ciento treinta y dos millones de divinidades inferiores; un Dios contra quien se revela la primera de sus emanaciones, Bracma, dios criador, al que derrota y pre-

AÑO XXV. 36.

capita en lo profundo de los infiernos, condenándole á cuatro sucesivas encarnaciones para obtener su rehabilitación. Y con esto un sistema cosmogónico explicado por la creación de las aguas y formación é incubación de un huevo, del cual procedieron el cielo y la tierra, que está sometida á destrucciones periódicas y á regeneraciones que se verifican por la inagotable fecundidad de Dios.

En suma, su teogonía y cosmogonía con la personificación de las fuerzas de la naturaleza y la historia alegórica de su desarrollo en su doble acción destructora y reparadora, que les conduce á un politeísmo monstruoso: su sistema filosófico es un panteísmo espiritual, que propende á prescindir de la materia y de los lazos que ligan á este mundo y hace caer en el escepticismo; á anonadar el yo espiritual, á engolfarse en la vida contemplativa, sustituyendo la intuición de Dios á la propia conciencia, que conduce al misticismo mas exagerado. Los yohis, que han alcanzado unirse á Dios en ser y pensamiento, tienen la facultad de ver á través de los cuerpos y penetrar los arcanos del porvenir. ¡Tan antiguas son las creencias que en los modernos tiempos han cobrado nueva vida con el llamado magnetismo animal! Mas, los indios consideran en este poder algo de místico y sobrenatural, pues lo atribuyen á hombres en su sentir identificados con la Divinidad; al paso que los nuevos creyentes lo hacen derivar de un agente natural, susceptible de ponerse en acción bajo el influjo de determinadas circunstancias. Los prodigios que se le atribuyen, el carácter de novedad de que vienen revestidos y tal vez las gesticulaciones y visages estraños que forman su aparato, son motivo general de incredulidad en estos tiempos; pero para fallar sobre la certidumbre ó falsedad de esta doctrina es necesario experimentar sin pasión y con detenimiento. De otro modo, es lanzarse á un juicio temerario y declararse sin fundamento contra el criterio de algunos hombres ilustres que tienen fé.

La corriente de esas ideas, asociadas á un oscuro recuerdo de la caída del hombre, produjo naturalmente el sistema de la metempsicosis, que tanto ha preocupado á la antigua filosofía, y segun el cual el espíritu humano renace á nueva vida encarnándose en el cuerpo de una raza superior ó degradada, ó de un animal inferior, como recompensa ó castigo del merecimiento ó culpabilidad contraídas en la primera existencia, y sigue indefinidamente una serie de transformaciones, hasta que por la espiciación en esas diversas vidas ha adquirido la pureza necesaria para volver á su origen primitivo, para sumergirse en la inmensidad de Dios. Así, para el indio el espectáculo de la naturaleza se vivifica porque ve en todas las criaturas una emanación de Dios, una parte de Dios mismo; en todos los animales un alma humana descendida por sus escesos á aquel punto de degradación y de miseria, y en todas las condiciones del hombre, en las calamidades que trabajan su vida y en los placeres que rodean á los poderosos, un castigo merecido, ó un premio otorgado por una existencia anterior.

III.

Desde luego se comprende que tales creencias debieron ejercer un funesto influjo en la moral y en el derecho: en la primera engendrando la mayor indiferencia hacia los padecimientos del hombre, despojándola completamente del carácter filantrópico que tanto la enaltece y que le ha

comunicado nuestro divino Redentor: en el segundo engendrando el privilegio, asentándolo con bases firmísimas, que la fé hace superiores á toda controversia, y coloca fuera del dominio de la razón, destruyendo la igualdad que se deriva de nuestro orgien y comun naturaleza, y cuyo nombre solo mucho mas tarde debía proferir el reformador de Buda, pero que no podia estenderse por los dilatados ámbitos del mundo, y echar raíces en los corazones, sino cuando hubiese brotado de los labios santísimos de un Dios de amor, y fuese recomendada por el precepto santo de caridad. Por esto, mientras que su moral proclama reglas altamente recomendables, se abandona al hombre á todos los padecimientos; la ley sanciona en la sociedad la división en castas que se perpetúan y transmiten la ciencia, el poder, los oficios, la servidumbre y hasta el desprecio y la maldición de los privilegiados; se establece la concentración de la propiedad en el jefe del estado, y un usufructo comunitario en los productos, y en la familia la poligamia y el dominio del hombre sobre la mujer, que es como su cabeza.

Rásguese el velo del geroglífico con que el misterioso Egipto ha cubierto su tan celebrada ciencia; hágase comparecer ante el tribunal de las generaciones presentes las momias seculares para arrancar de entre los pliegues de sus sudarios el sentido oculto del emblema, que guarda las creencias profesadas por los espíritus que dieron vida á aquellos restos frios, y en medio de las tinieblas que todavía ocultan la historia de ese pueblo, veremos atravesar algunos rayos de luz que dejan distinguir grandes errores. Si su doctrina exotérica primitiva reconoce la unidad de Dios, y aunque parece haber sido la profesada constantemente por los antiguos sacerdotes é iniciados, desde luego se halla en el vulgo una mezcla confusa de supersticiones groseras, materializadas en un fetichismo repugnante y en un sabeísmo ridiculo. Personifican en una trinidad los atributos del Ser Supremo: adoran á los astros, al Nilo, al mono cinocéfaló, al león, al perro, al buey Apis, al íbis, al cocodrilo, á los escarabajos, á una multitud de otros animales y á las plantas, hasta el punto que la irritante cebolla alcanza la apoteosis en sus altares. Y tal es el fervor que en su alma inspiran esos dioses, que los pueblos se levantan y pelean unos contra otros, estos en defensa de los perros sagrados, aquellos para la exaltación de sus divinos escarabajos. Su teogonía y cosmogonía son un conjunto de fábulas inverosímiles y estravagantes, que encierran encubierto con el velo del mito el relato de las revoluciones de los astros, de algunas nociones geográficas, y de las vicisitudes del país. Es muy posible que esas supersticiones, de que se alimentaba la muchedumbre, no fueran mas que la espresión exterior de una ciencia cuyo verdadero sentido se ocultaba bajo la forma del símbolo; pero tiempos vendrán en que los mismos depositarios del saber hayan perdido la inteligencia de su lenguaje emblemático y tomen el signo en su espresión material, sumergiéndose de este modo en las mismas tinieblas en que antes y en todos los tiempos han tenido al vulgo.

Confiesan que todo cuanto existe, los dioses, los hombres, los animales, las plantas, el universo todo, proceden de Dios; pero de un Dios que se ha emanado y encarnado para formar las criaturas, en las cuales hasta el alma es material, porque los mismos dioses son inteligencias materiales que el entendimiento humano puede comprender. Conceden al alma la inmortalidad y creen que vuelve á Dios purificándose gradualmente por medio de la metem-

sicosis. Este panteísmo materialista había de producir las mismas consecuencias que el de la India, de donde tomó origen; así prevalece y arraiga el privilegio estableciendo la división en castas hereditarias y la esclavitud, y sancionando el espolio de los débiles en beneficio de los fuertes; crea el despotismo de la autoridad suprema, la cual no tiene más freno que el precepto moral y el juicio de los Faraones, que se adjudicaban por consejo de Joséf toda la propiedad territorial de los particulares, y que por un solo decreto condenaban a muerte a los descendientes varones de este. Así continuaba la degradación de la mujer bajo la tolerancia de la poligamia, y no podía levantarse de su envilecimiento en un tiempo en que los mismos reyes traficaban con el pudor de sus hijas, llevados del afán de acumular el oro necesario para levantar esas soberbias pirámides, que aun ahora son el asombro del que las contempla: elementos mudos que vengán la moral ultrajada, ocultando sigilosamente el nombre de sus fundadores y negándoles así hasta el recuerdo de la posteridad.

De todo ese caos de creencias nace una moral teórica, que no deja de contener algunos preceptos buenos, pero engendra también una penalidad cuya dureza llega hasta la barbarie; que castiga a la adúltera con la amputación de la nariz, la ociosidad con la pena capital, y prodiga ésta aplicándola a un gran número de casos, acompañada a las veces de prácticas aterradoras. Solo Sabaon se levanta sobre el nivel de todos los demás aboliendo, según se cree, la pena de muerte y segregando los reos a una ciudad de malhechores, con lo que se adelanta algunos siglos a los que han proclamado que la vida del hombre solo pertenece a Dios: axioma que todavía no ha adquirido dominio en la mente de muchos, ni obtenido la práctica de sus consecuencias en las relaciones sociales, a pesar del progreso de los tiempos y de los preceptos de una moral pura, emanados de una religión por todos conceptos santa.

Si se atiende a los débiles vestigios que de sus creencias nos han dejado los fenicios, se descubre un grosero espiritismo, explicado por causas materiales, que se concreta en el politeísmo. La inteligencia suprema explica la palabra divina, que redactan los dioses planetarios y los inferiores revelan a los sacerdotes. Sus dioses son tan monstruosos, que Baal, el Saturno que devora sus hijos, exige víctimas humanas y son tiernos infantes arrojados a las llamas de la hornaza candente que el idolo tiene en el pecho: Astarté, la Venus impúdica, en unas partes recibe un culto sangriento, en otros el sacrificio del pudor: Adonis, su voluptuoso amante, se place en la sangre humana derramada, que solo se redime ofreciendo al dios el precio de la deshonra.

IV.

En la Grecia antigua, tan justamente celebrada por los adelantos que hizo el espíritu humano en todo aquello que no necesita de una verdad superior, no descubrimos otra cosa que un caos de creencias relativas a la Divinidad y a la creación, formado de fragmentos incoherentes que las inmigraciones habían traído de la India, del Egipto, de la Fenicia, revueltas con restos de las que anteriormente profesaban los indígenas, y hallamos un politeísmo tan grosero y tan indefinido, que cuando los griegos no descubren otro dios extraño a quien dar carta de naturaleza, erigen un templo al dios desconocido. Verdad es que en ese suelo

clásico del arte casi todos esos dioses se despojan de su monstruosidad y fiereza nativas; pero al propio tiempo se humanizan, y aunque considerados como inteligencias más elevadas y como gozando de un poder superior, se invisten de todas las miserias y debilidades de los hombres. ¡A que abismo de errores fué sumida la razón humana! Dioses adúlteros, libidinosos, beodos, ladrones, malignos, que pasan los días entretenidos en opíparos banquetes, saboreando el néctar y la ambrosia; que se entregan sin freno a toda clase de placeres; que arman intrigas, suscitan enemistades, engendran odios reconcentrados y se deleitan en el abominable goce de la venganza. ¿Qué había de ser el hombre en presencia de tan detestables ejemplos? Por esto no prevalece otra ley que la de la fuerza: el poderoso avasalla al débil, que yace postrado bajo el peso de la esclavitud, en medio del movimiento agitado de aquellas repúblicas turbulentas, que ultrajan la dignidad de la especie humana: aunque nace el espíritu de libertad política, es solo en provecho de las razas dominantes, y de tal manera se encarna el privilegio, que aun entre los ciudadanos se establece para subir a la tribuna: el derecho político no se adjudica a la virtud y al saber, se vende al oro, el eterno corruptor de la justicia, porque es la propiedad a la que Solon confiere la ciudadanía, é inviste de derechos proporcionados a la cantidad de la posesión: la penalidad es diferente según las clases y la nacionalidad: la mujer, es verdad, se ha libertado de la esclavitud de Oriente, pero no es la noble y dulce compañera del hombre, es el instrumento vil de sus placeres y una especie de animal de cría, que ni siquiera obtiene los respetos de su propio hijo: si su barro frágil se estrella contra los obstáculos que el mundo siembra en su camino, entonces ya no hay remedio, su existencia depende de aquel a quien ha unido su suerte, porque podrá imponerle el castigo que le dicte su voluntad irritada, que no encuentra limitación en ningún poder. ¡Y qué moral, Dios mío! La piratería es una ocupación lícita y común: las cortesanas son exaltadas sobre las madres de familia y hasta cantadas por los poetas, y se conceden al hombre placeres contrarios a la naturaleza. En vano los poetas llegaron a ridiculizar divinidades tan monstruosas: en vano algunos filósofos, afectados profundamente por lo absurdo de esas creencias y por el lamentable espectáculo de los vicios que corroían la sociedad, buscaron algunos restos de la tradición primitiva, perdidos en medio de ese caos, é hicieron inauditos esfuerzos para desarrollar el sentido moral; pero eran esos sobrado débiles para prestar firme apoyo a la razón, que aun habiendo rayado a la mayor altura a que puede alcanzar abandonada a sí misma, no supo remontarse, ni adquirir la evidencia de las que había traslucido. Hasta Platon sanciona la esclavitud y llega a negar al esclavo el derecho de la propia defensa, y Aristóteles la explica científicamente. Sócrates, el gran filósofo del pueblo; el que desciende al taller del artesano a iluminar con los resplandores de la sabiduría su frente marchita por el trabajo; el que entre los paganos se ha formado la idea más sublime de Dios y ha hecho derivar de él una moral pura; el primero que ha tenido el privilegio de morir por confesar la verdad, adiestra a Teodora en el modo de cautivar nuevos amantes; y cuando hallándose bajo el peso de la acusación de los sacerdotes pronuncian sus juicios la sentencia de muerte, dice: «una de dos, ó todo acaba con la muerte, ó le sucede otra vida. Si todo acaba, ¡cuán dulce debe ser reposar tranquilamente sin sueños después de las numerosas pruebas de la vida! Si hay otra existen-

cia, ¡qué satisfacción la de encontrarme con los antiguos sabios, reunidos con otras tantas víctimas de inicuos juicios...!» Y con esto prueba manifiestamente la incertidumbre que reinaba en su alma en el momento supremo en que iba á beber la ponzoñosa cicuta.

V.

¿Qué diremos de la Roma antigua, de esa ciudad que llenó el mundo con la magnitud de sus hechos; de la que nació humilde, creció y se desarrolló estendiéndose á todos los pueblos, unió las naciones al carro de sus triunfos, y se convirtió por último en metrópoli del mundo? ¿De la que alteró la faz de todas las naciones destruyendo sus usos, sus costumbres, sus leyes, y hasta su lengua y su religión? ¿Qué cúmulo de errores, que caos tenebroso forma el conjunto de sus creencias sobre la causa primera, y sus relaciones con el mundo y la humanidad!

Al modo que por la aglomeración de los pueblos vencidos llegó á formar un conjunto heterogéneo sin unidad de raza, de recuerdos, de sentimientos y de aspiraciones, del mismo modo sus creencias son como un gran tablero en donde se hallan amontonadas, confundidas, miles de piezas discordantes en la materia, en la forma y en el colorido. Pueblo que explica con el mito su origen; que diviniza sus héroes y fundadores; que adopta los dioses al modo que conquista los pueblos, mas por una razón de estado, que por la convicción ó el sentimiento de la verdad; que los recibe del resto de la India, de la Grecia, del Asia, del África, y llega á poseer tal prodigiosa multitud, que los tiene diferentes para todos los días, para todas las horas, para todos los lugares, para todos los sufrimientos, como para todos los goces, para todos los vicios como para todas las virtudes; dioses que presiden y dirigen todos los fenómenos del mundo físico, los actos de la vida, las operaciones mecánicas, las concepciones morales y metafísicas, que son personificadas, y materializadas en ellos.

Lo mas admirable y repugnante á la idea de la divinidad, es que esos seres superiores no son los mismos para todos los hombres, para todos los súbditos del pueblo rey, ni aun para todos los ciudadanos, pues los hay de alta categoría, que son los tutelares de los patricios—*dii maiorum gentium*,—al paso que los plebeyos, solo cuentan con el apoyo de otros subalternos—*dii minorum gentium*:—como si aquellos á quienes la violencia y la astucia habian dado el dominio de sus semejantes fueran formados de otro barro, tuviesen un alma de condicion mas elevada, para merecer las preferencias aun mas allá de la tumba y ante Aquel que ha comprendido á todos los hombres en su amor.

No resplandecian con mayores atributos los dioses de Roma que los de Grecia, de donde se habia tomado gran parte con sus fábulas novelescas, frecuentemente groseras y marcadas con el sello de todas las pasiones humanas: de este modo no inspiraban moralidad ni pureza en las acciones, antes su ejemplo fomentaba y justificaba todos los vicios y todos los atentados. Poseídos de tales creencias, y excitada constantemente su imaginación por la idea de tan numerosas y variadas divinidades, veían los romanos una acción misteriosa, ejerciéndose con relación á los destinos del hombre, en todos los fenómenos del mundo material, en todos los movimientos de la naturaleza animada, como tambien en todos los acontecimientos mas insignificantes que ocurrían al hombre.

Una nube que se levanta en el horizonte, el trueno que retumba, el rayo que centellea, el ave que cruza en cierta dirección las líneas trazadas en el aire por el báculo de los augures, ó que canta de este ó del otro modo, las espirales que describe el humo del incienso en los sacrificios, el aspecto de la víctima cuando marcha al ara, el chorro de la sangre que mana de la herida y los caracteres de las palpitantes entrañas, una ligera comezon en un pié, la ceniza que se esparce por el hogar; estos y muchos otros son presagios de alta significación y cuyo sentido oculto se refiere ó á los asuntos generales de la república, ó á los particulares del individuo.

Así adquiere crédito la falsa ciencia de la interpretación de esos signos, y los oráculos, los augurios y las adivinaciones llegan á hacerse necesarios para todos los actos de la vida pública, como de la particular, de la comunidad como del individuo, y Roma, la que ha cargado al mundo de cadenas, tiembla y se estremece desde sus cimientos, ó porque el trueno ha retumbado, ó porque un pollo ha tomado un grano mas del número que estaba previsto. De este modo á la idolatría de los penates y al feticismo de los larves, lares y lemures, se agregan las mas grandes y mas absurdas supersticiones que han reinado en el mundo, las cuales han dejado abundante levadura, que aun fermenta actualmente en las capas inferiores de nuestras sociedades.

¿Qué habia de ser de una sociedad que se alimentaba de tales creencias? ¿Cómo podia resplandecer la justicia allí en donde se miraban en el espejo de dioses tiránicos, sanguinarios, turbulentos, rapaces, falaces, disolutos, lascivos y susceptibles de mancharse en todos los crímenes y en todos los vicios? No se atiende para juzgar á ese pueblo á las doctrinas vertidas por aquellos que con el prestigio de su palabra cautivaban á la muchedumbre desde la tribuna, ni á los preceptos severos de sus mas renombrados moralistas, porque unos y otros eran dignos maestros de esa escuela, que en el día tiene tantos discípulos, y que profesa la máxima detestable de desmentir con sus obras los principios y los preceptos que proclama: júzguense sus actos en las relaciones internacionales, en la gestión de los negocios públicos y en la vida privada del individuo, y resultará un cuadro tan repugnante, que, lo confesamos francamente, no habrá colores bastante fuertes para retratarlo al natural.

Un estado que funda el derecho—tanto el divino como el político—primero en el lustre de la cuna, despues en la renta de la tierra; que priva á los plebeyos de los auspicios, de la posesión del campo de la patria consagrado por la religión, de las magistraturas honrosas y lucrativas; que limita el sufragio dándolo por grupos que poseen un voto colectivo, del cual son factores, en unos un número exigüo de individuos pudientes y en otros la inmensa muchedumbre pobre y desheredada; que establece la esclavitud por el irracional derecho de la fuerza, sin limitación de ningún género á la omnimoda voluntad del que ha adquirido el derecho por la violencia ó por el dinero; que la hace extensiva á los deudores insolventes y les somete á la bárbara pena de la división corporal cuando son muchos los acreedores; que solo el jefe de familias tiene representación judicial, y posee los derechos del matrimonio y de la paternidad legales, del testamento y de la herencia; que es dueño absoluto de la vida de sus hijos, de sus esclavos, y que puede juzgar á la mujer ante el tribunal de su propia familia, de la que es jefe y dueño; un estado cuyos in-

dividuos en el interior del hogar doméstico se entregan al desenfreno mas asqueroso, encenagándose en el exceso de los deleites, aun los mas reprobados por la naturaleza, haciendo servir de instrumento vil á los infortunados esclavos, á quienes, despues de ser testigos y victimas de su intemperancia, arroja para alimento un puñado de harina alterada y les encierra en cuadras infectas, hacinándolos sin distincion de sexos sobre un monton de pajas fétidas y corrompidas; un pueblo que se cree destinado al dominio del mundo; que empuja sus legiones á la conquista de todos los pueblos; que así carga de cadenas á la virtud y al saber, como al vicio y á la barbarie; que se enriquece y engalana con los tesoros robados á todas las naciones; que su respeto á la fé jurada en los tratados no se estiende mas allá del sentido literal, sacrificando aquel precepto de moral que obliga en las promesas á cumplir las esperanzas que por ellas se han hecho concebir, es, á la verdad, un pueblo moralmente monstruoso, infestado por las plagas del error y del vicio. Una sociedad en donde la fuerza y la violencia imperan sobre la debilidad y la mansedumbre, es una amenaza constante contra todos los hombres: en el interior contra sus propios miembros, en el exterior contra todos los estados. El, á la verdad, con la lucha constantemente sostenida en su seno entre los oprimidos y los opresores, y con la reunion de todas las naciones en un solo estado, habrá llenado la mision que la Providencia le tenia señalada para el cumplimiento de los destinos humanos; pero no por eso es menos cierto que los errores que en él oscurecian la luz de la verdad, fueron el origen de todos sus vicios y de todas sus iniquidades, de esa podredumbre moral y social que llena el alma de amargura cuando se detiene á contemplarla.

En el vasto horizonte de los tiempos antiguos escasos son los oasis en donde puede reposar la vista enturbiada por el torbellino de los vientos del error: escasos son los pueblos en donde las verdades primitivas no hayan sido profundamente alteradas. La Persia, es verdad, conserva una idea magnífica de los atributos del Ser Supremo, un recuerdo de la Trinidad, de la sublevacion de los ángeles, de la caida del hombre y de la necesidad de la redencion, de donde hace derivar una moral encaminada á destruir el mal sobre la tierra: suprime la idolatria, porque si bien cae en el sabeismo tributando culto á los astros y á los elementos y profesa grande amor á la naturaleza, ni les personifica, ni les considera sino como la expresion simbólica, como emblemas de un Ser eminentemente bueno al cual eleva la mente por su intermedio. Pero ¡cuántos errores por otra parte! Un Dios que no es mas que el tiempo infinito: una Trinidad de que forma parte el ángel caído, la luz y las tinieblas, los genios del bien y del mal, Ormuz y Arimanes operando sobre los destinos del hombre, y éste en lucha perpétua en medio de ese dualismo y en presencia de su debilidad, que no le presta suficientes fuerzas para operar por sí mismo lo bueno y resistir lo malo, y que no obstante causan responsabilidad y traen consigo el merecimiento del premio ó del castigo: una sociedad fundada en la division por castas: un poder soberano que no obedece á otras prescripciones que á las de su omnimoda voluntad: una familia en que la mujer se halla sumida en el repugnante lodazal de la poligamia: todo esto demuestra cuan distantes estaban de la verdad los antiguos persas.

VI.

Solo un pueblo se eleva sobre todos los demás y brilla al través de las tinieblas de los siglos: un pueblo cuyos fundadores han gozado la vision directa de Dios, y de quien han recibido la alta mision de conservar el rico tesoro de la verdad revelada; de esa verdad que prepara una nueva palabra de vida y de salud, la cual una vez recibida y verificado el cumplimiento de la gran promesa, resplandecerá su luz en el espacio sin que prevalgan jamás las tinieblas contra ella. El pueblo hebreo es el depositario de esa verdad: proclama la unidad de Dios, su eternidad, su omnipotencia, su saber, su bondad y su justicia infinitas: proclama que la naturaleza es finita, formada de la nada por un acto espontáneo y libre de la voluntad soberana, y explica la generacion progresiva del universo y del mundo anticipándose de treinta y tres siglos á los descubrimientos de la humana ciencia. Profesa una moral sublime que no se satisface con la práctica exterior de ritos y ceremonias estériles, sino que descende á lo íntimo de los corazones purificándolos y conduciéndolos al bien, porque dice el Señor: *¿De qué me sirve la muchedumbre de victimas?... Abominacion son para mí vuestros himnos, vuestras solemnidades..... Purificad vuestros corazones, apartad de mis ojos la iniquidad de vuestros pensamientos..... aprended á hacer bien..... socorred al oprimido..... defended al que es perseguido.....* Todavía, sin embargo, no resplandece por completo la luz de la verdad: todavía el hombre gime bajo el peso de la esclavitud, aunque la suerte del hebreo se dulcifica, porque al séptimo año le es restituida la libertad: todavía la mujer no se ha emancipado por completo de su humillacion degradante, porque en el seno de la familia es tolerada la poligamia: todavía la justicia no puede imponer sus fueros, pues se ha convertido en el sentimiento innoble de venganza particular: todavía la igualdad no triunfa sobre la tierra mientras haya una nacion predilecta y escogida para poseer y gozar sola de los dulces frutos del árbol de la verdad.

VII.

Pero, he aquí que en el seno de una familia de artesanos, de pobres carpinteros, allá en un establo de Belén, de una Virgen sin mancilla, nace el Rey de los reyes y el Señor de los cielos y de los mundos. El que ha cubierto la tierra de un lecho frondoso de césped y de flores, se reclina sobre las pajas desechadas del pesebre: el que ha sembrado en los mares la púrpura de Tiro y hecho brotar del lomo de la oveja, del armiño y del castor los sutiles filamentos de que el hombre forma soberbios mantos; el que ha sembrado el espacio inmenso de soles radiantes de luz y de calor, solo cubre su desnudez con el tibio aliento de los animales del establo y con el amoroso regazo maternal. Luego crece, y sus miembros se pliegan al trabajo, y come el pan cotidiano conquistado con el sudor de su frente, hasta que ha llegado la hora de anunciar la palabra de vida, aquella palabra que estaba guardada en la mente divina desde la eternidad de los siglos, y que allá, por último, en la cumbre del Gólgota recibe el sello del sacrificio mas inmenso y mas sublime.

Día fué aquel, en que el Señor de los mundos dió su

vida en testimonio de la palabra; de horror y de espanto, porque se estremeció el Universo, y las lumbreras del cielo negaron su luz á la tierra antes calcinada por el fuego del error, de la violencia, de la tiranía, de la injusticia, de las iniquidades y de todas las corrupciones; y desde entonces cobró frescura y lozanía, y brotó de ella, y alimenta con aquella sangre purísima el árbol frondoso y eterno de la verdad, del derecho, de la justicia, de la igualdad, del bien, de la libertad y emancipación de todos los oprimidos.

¡Levanta del polvo la frente envilecida por la esclavitud, y quebranta el pesado yerro de tus cadenas, tú, á quien los tiranos han llamado esclavo! Recobra la dignidad de tu elevado origen, de cuyo escelso trono te habia derrocado la violencia, porque tú, hombre, eres hijo de Dios, que es tu único señor, y el único tambien que puede imponerte leyes eternas! ¡Ya no hay astucia valedera para fundar sobre tu desamparo y tu debilidad el triunfo del poder y de la fuerza, porque Dios, que es padre comun, comprende á todos los hombres en la inmensidad de su amor y de su justicia!

¡Tú, á quien la rudeza del trabajo ha abotagado y entumecido los miembros, no abatas la frente, ni humilles la mirada en presencia del poderoso y del afortunado, antes muestra con placer tu mano encallecida, que es alto timbre con que se adorna el escudo de tu nobleza, porque el Hijo de Dios, encorvándose sobre el banco del carpintero santificó el trabajo!

¡Aparta de tu rostro el rubor que le cubre, tú que no tienes un pedazo de pan para llevar á tu hambrienta boca, ni un pobre lecho en donde reposen tus huesos quebrantados por la fatiga, porque tambien el Hijo del hombre no tuvo una piedra en donde reclinar su cabeza!

¡Y tú, oh mujer, bella mitad de nuestra especie, fibra simpática en donde vibran todos los dulces sentimientos, alma generosa en quien caben todos los sacrificios, ángel de consuelo que derramas el bálsamo puro y refrigerante que apaga el fuego del sufrimiento en las heridas de la vida, despierta del estupor en que te ha sumergido la ponzoña inoculada por la injusticia, levántate de la postracion en que yaces en los harenes y gineceos, despójate de las gasas perfumadas que son la librea de tu ignominia, y ven al seno de la familia á recobrar tu dignidad, á ser la fiel esposa y la tierna compañera del hombre, la madre cariñosa y solícita de sus hijos, á recibir el amor y el rendimiento que merecen tus virtudes: ven á la sociedad para que la consideracion pública te tribute el premio de que te hace digna el cumplimiento de tus deberes!

VIII.

Desde entonces brilla en el Oriente el sol de verdad y de justicia, y derrama torrentes de vívida luz que ahuyentan las tinieblas del error y de la iniquidad; desde aquel día la humanidad ha recibido la base sólida é inmutable sobre la cual sienta con firmeza el majestuoso edificio del progreso. Ya no cabe duda sobre los atributos de Dios, sobre el origen y naturaleza del alma humana, sobre sus deberes y destinos, y de este modo la religion y la moral se hallan irrevocablemente establecidas, y la filosofía posee una verdad superior á toda demostracion, de la que hace derivar todas sus consecuencias: ya no cabe tampoco sobre los fueros de los pueblos y de los individuos, y así el derecho internacional, el derecho político y el derecho ci-

vil han obtenido el gran principio de justicia y de igualdad que han de ser el alma de las instituciones humanas, cada día mas suavizadas por la mas inteligente aplicacion de sus consecuencias: ni cabe, por último, en las relaciones privadas del hombre con sus semejantes, en los móviles interiores que deben dictar las acciones, en el sentimiento regulador de las costumbres, porque el precepto divino de amor puro y entrañable, el conocimiento del bien infinito al que debe dirigirse constantemente el hombre y la alta sabiduría de la Justicia suprema, que no tanto se ejerce sobre la exterioridad de las obras, sino que desciende al fondo de las conciencias á inquirir las intenciones que las han dictado, prescriben la benevolencia, el desinterés, el desprendimiento, arrancan y destruyen las inspiraciones groseras del egoísmo, y dictando el sacrificio y la abnegacion engendran la caridad, que da de comer al hambriento, que rompe las cadenas del cautivo y enjuga las lágrimas del que llora afligido en las simas tenebrosas del vicio y del error, y le levanta de su postracion, apartando la vista de las debilidades y miserias que le han precipitado rehabilitándole ante su propia conciencia, para hacerle digno de la sociedad y elevarle hasta Aquel que es el océano inmenso de todo bien: porque restituye al alma su dominio sobre la materia, aparta de los goces torpes y corrompidos y la enamora de los placeres del espíritu y de todo acto en el que haya conformidad con el tipo de las perfecciones.

Por esto los ídolos tiemblan y vacilan sobre sus pedestales, se hunden, se desmoronan y sus fragmentos impalpables se desvanecen en el polvo y son dispersados por el viento: acaban los holocaustos humanos, los sacrificios sangrientos, las ofrendas impuras, las prácticas supersticiosas, y sobre los altares purificados se levanta la enseña de la redencion, y á su sombra se elevan cánticos puros de gracias, que hunden los aires y llegan á los pies del trono del Señor del universo. Caen las barreras que antes separaban las naciones: se extinguen los odios que perpetuaban la lucha entre los hombres: se establece un cambio general de ideas, de sentimientos y de todo lo que mejora la condicion moral y material del hombre. En los estados la ley se establece sobre el principio eterno de justicia, y sus prescripciones, como sus fueros, abrazan sin distincion á los humildes y á los encumbrados: desaparece el derecho de las castas, pasa á ser patrimonio de las familias, y por último, desciende y se estiende á la muchedumbre de los desheredados: se quebrantan los hierros del esclavo, amanece la hora de su emancipacion cuando pasa á siervo apegado al terruño, y recobra su alta dignidad el día en que el sol de la libertad brilla esplendoroso en el firmamento y derrama torrentes de luz que iluminan el triunfo del ciudadano. Se extinguen los privilegios de posesion en el campo de la patria, de representacion exclusiva ante el jurado, de matrimonio y de paternidad legales, de testamento y de herencia. Acaba la tiranía doméstica y se suaviza el rigor de las leyes: ya no es el esposo el señor absoluto de la mujer, pues ésta es su igual, su compañera y copartícipe de las ventajas como lo es de los infortunios, sin mayor dependencia que la necesaria en una sociedad ordenada conforme á la justicia, pero compensada con la deferencia y adhesión que un ser débil, racional y afectuoso tiene derecho á merecer del que rige por la sobresalencia de la fuerza, del entendimiento, y del saber: ya no es el padre el verdugo del hijo, sino el robusto apoyo de su debilidad, el sabio director de su inesperienza, el ilus-